



Rufino Tamayo

La voz de Picasso caló hondo en el oaxaqueño, y no fueron particularmente sus propuestas pictóricas o sus diferentes estilos lo que causó esta detonación creativa, sino su libertad, franqueza y potencia expresiva.

EN PLENO SIGLO XX LA PINTURA DE RUFINO TAMAYO REUNIÓ MODERNIDAD, VANGUARDIA, tradición, lirismo y raíces prehispánicas. Su intención de producir una pintura auténtica lo llevó a crear un lenguaje propio, que se fue nutriendo de ricos componentes, los cuales el artista supo integrar para producir sorprendentes composiciones de gran esencia y color. Como pintor, Tamayo compartía el don de escuchar ese lenguaje sensible de la música, de la poesía y de la vida misma, y de traspasarlo a un medio perceptible. Así, su nombre y su obra han rebasado lo meramente local, manifestándose esta última vibrante y emotiva, impregnada de esa sabiduría de quien no imita, crea, del que no pretende, simplemente es. La búsqueda y la inconformidad fueron fieles compañeras tanto de Picasso como de Tamayo. Ellas provocaron constantes renovaciones técnicas, y en el caso del mexicano, una búsqueda poética que se manifestó a lo largo de su prodigiosa obra. Podría decirse que en su tiempo Rufino Tamayo fue el más poeta de nuestros pintores que, junto con Carlos Mérida, se desligó del discurso y la retórica ideológica para convertir su pintura en un canto de lo verdaderamente autóctono.

El 25 de agosto de 1899 en la ciudad de Oaxaca nació Rufino Arellanes Tamayo, hijo de Florentina Tamayo, una hermosa joven de veinticuatro años, de andar saleroso y erguido, morena de profundos ojos negros, que miraban y sentían a un mismo tiempo, como los de su hijo. Ella apoyaba al sostén de ese hijo –sin saber que se convertiría en uno de los pintores más destacados de su época– cosiendo y haciendo bordados. Su padre fue Manuel Ignacio de Jesús Arellanes, zapatero de oficio, y hombre de varias mujeres, quien abandonó a Florentina cuando Rufino tenía apenas seis años. El chico se crió cercano a su abuelo materno, Sebastián Tamayo. Durante la infancia afloraron en él aptitudes musicales: cantaba en el coro de la iglesia y aprendió a tocar la guitarra, instrumento que lo acompañó toda su vida. En alguna ocasión comentó que, de no haberse dado cuenta de que su vocación era la pintura, se hubiera dedicado a la música. La alegría y vitalidad interior de este joven “tlacuilo” debieron ser inmensas para no apagarse ante la dolorosa pérdida de su abuelo en 1909, y dos años más tarde, en 1911, la de su madre. Es en este momento cuando Rufino, de apenas doce años, decide hacer a un lado la figura de su padre –a quien al parecer nunca volvió a ver–, y adopta el apellido materno. Estos eventos llevan al joven adolescente a vivir con unos tíos en la ciudad de México. En 1911 llega por primera vez a esta hermosa metrópoli, que mostraba orgullosa sus bellos edificios y alamedas. Desde entonces Rufino se enamoró de esta ciudad, a la que quiso toda su vida.